



Aquí Vivió Papá

por

Bernardo P. Goins

Poco ha quedado de la pequeña finca donde pasé los años de mi juventud, pues una varita mágica en manos del tiempo ha cambiado rostros, lugares y cosas. La casa, y sin el segundo nivel, ha tomado una apariencia más moderna. El invernadero ya no existe, así como tampoco la torre del depósito para el agua de nuestra sistema de riego. El pequeño bosque donde yo recogía nueces cuando las heladas del otoño blanqueaban las colinas, ha cedido ante el progreso de la agricultura. Aunque ya no existen los nexos sentimentales que durante largos años me ataban a ese lugar, aún aprovecho oportunidades ocasionales para decirles a mis hijos al pasar: “Aquí vivió Papá.”

Mi padre fue campesino, predicador y hombre de milagros. Con aproximadamente 18 hectáreas de tierra, él se las arregló para mantener una familia de diez hijos, alimentándolos, vistiéndolos y proveyéndoles albergue. Muchas veces abrió sus puertas para recibir a un huérfano o a un niño proveniente de un hogar destruido para que compartieran con nosotros una vida de trabajo, juego y adoración. Él decía que el niño que no jugaba, se entorpecía. De manera que siempre nos daba tiempos de recreación, aunque a nosotros nos parecían demasiado cortos como para liberar todas las energías que nuestra juventud generaba.

Los domingos y todas las noches de servicio de oración (además de cada noche de conferencias especiales) el Ford Modelo “T” se cargaba a capacidad y Papá lo conducía hasta la iglesia que pastoreaba, para dirigir el servicio y exponer la Palabra. El mal tiempo raras veces nos impedía asistir aunque el mercurio del termómetro marcara 15 ó 20 grados bajo cero. En tales ocasiones nosotros llenábamos el horno de la estufa con ladrillos mientras se llegaba la hora de salir, para entonces acomodarlos sobre el piso del carro, poner nuestros pies encima, tapar nuestras piernas con una gran frazada, y cantar por sobre el ruido del camino hasta llegar a la

iglesia. La nieve, acumulada en impenetrables montones, era la única causa por la cual se podría faltar a un servicio, y eso solamente si Papá hubiera agotado todas las posibilidades de una ruta alterna. Ir a la iglesia era tan importante y necesario como tomar los alimentos. A veces era más importante.

Nos levantábamos temprano por rutina rígidamente establecida, pues en nuestra casa había que darles de comer a los animales, bombear el agua y ordeñar – todo antes del desayuno y de subirnos al bus escolar a la 7:30. Cerca de la primera semana de febrero el invernadero cobraba vida con el retoño de las semillas para las plantaciones de la primavera. Desde entonces hasta junio siempre había suficiente trabajo para todos incluyendo a empleados que se contrataban durante las temporadas de más trabajo. Había reglas que en nuestra vida familiar eran preeminente y religiosamente guardadas. Podría haber una docena de tareas que demandaran atención inmediata, o quizá clientes madrugadores que esperaran hacer compras. Pero todo esto se consideraba secundario, pues al terminar el desayuno, Papá decía: “Es la hora de la oración”, y todos nos poníamos de rodillas, en cuenta los empleados, para el devocional familiar.

Mi papá sólo había podido asistir a la escuela durante tres años, pero era un genio de las matemáticas y un erudito de la Biblia. Vivía a la luz de la eternidad, sujetando las cosas materiales a su debido lugar. Recuerdo algunos de los errores gramaticales que cometía la exponer la Palabra de Dios, pero nunca había dudas en cuanto a la veracidad del mensaje que proclamaba. Aún me parece oírle leer del Santo Libro, “Joven fui, y he envejecido y no he visto justo desamparado, ni su descendencia que mendigue pan”, o “Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo.” De nuevo, “Los que confían en Jehová son como el monte de Sión, que no se mueve.” Uno de sus textos favoritos que citaba con frecuencia era la promesa de II Corintios 5:1: “Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos.” Puedo recordar muy bien su melodiosa voz de tenor cuando cantaba con radiante gusto, “Yo sé, yo sé que tengo otra morada. Lo sé, lo sé, no es hecha de manos.”

Se llegó el tiempo en que mi padre sería llamado al futuro eterno por el cual él se había esforzado toda su vida. Escuchamos con atención mientras él hacía los arreglos pertinentes sus funerales, especificando el tiempo, el lugar y quien sería el orador. Su último mensaje a cada uno de sus hijos, fue tan preciso como lo había sido todos los demás de su vida, amonestándonos a buscar las cosas eternas de valor imperecedero. Su testimonio era claro y definido mientras citaba del Apóstol Pablo: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe.” Había seleccionado un texto para un próximo mensaje, por si tuviera la oportunidad de predicar una vez más: “Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor.”

Después de su larga conversación, dijo que se sentía cansado y que necesitaba reposar. Entonces, dejando a un lado su tabernáculo terrenal, se trasladó a su morada eterna. Parientes, amigos, vecinos y conocidos, desfilaron frente a su ataúd en interminables números, pagando tributo, admirando su rostro por última vez y ofreciendo cariñosas palabras de consuelo. Mientras yo contemplé su forma fría, la casa de barro ahora vacía, los restos terrenales de un gigante espiritual, y sabiendo que Papá ya estaba embelesado con la maravilla que el entrar al cielo ofrece – siento un orgullo respetuoso, al declarar: “Aquí vivió Papá.”

Traducido de *John Three Sixteen*